

HAY TRILITA PARA TODOS

USTED tiene derecho a morir reventado por una explosión equivalente a la de quince toneladas de trilita (TNT). Con un poco de suerte, los españoles podemos aspirar a 60 toneladas por persona, que es la cifra atribuida a los ciudadanos de la OTAN, a la que no pertenecemos de hecho, pero sí en la práctica, por nuestras alianzas bilaterales. Pero los adversarios, los ciudadanos de los países del Pacto de Varsovia, no se irían de vacío: también para ellos hay sesenta toneladas por individuo. Esta renta de explosivos por cabeza es, hasta ahora, el mejor regalo de la «sociedad de la abundancia», de la era postindustrial, electrónica y, desde luego, atómica. Las cifras son cortas. Se refieren solamente a los arsenales nucleares, y no a los explosivos llamados clásicos. Estos arsenales nucleares contienen el equivalente de 50.000 megatonnes. «Megatón» es, como se sabe, un neologismo compuesto de «mega», un millón, y «ton», abreviatura de tonelada; es decir, que la fuerza atómica militar acumulada es de la equivalencia de 50.000 millones de toneladas de TNT; repartidas entre todos los habitantes del mundo dan la cifra de quince toneladas por persona; entre los de la OTAN y el Pacto de Varsovia, 60 toneladas por individuo. El Instituto de Investigaciones Internacionales para la Paz (presidente, el profesor Gunnar Myrdal), que acaba de lanzar estas cifras (1), reconoce que puede estar equivocado. «Puede ocurrir que la cifra real sea el doble, como puede ocurrir que sea la mitad, pero estas diferencias, en realidad, importan poco».

COMO importa poco que las cifras presupuestarias dedicadas por las grandes naciones nucleares a su rearme sean ligeramente inferiores a las del año anterior. Sus mayores esfuerzos se dedican ahora a la mejora técnica de su armamento. Un detalle, también, es que la URSS ha alcanzado ya a los Estados Unidos en esta carrera, es-

pecialmente en la categoría de «missiles» intercontinentales con base en el suelo. Las dos grandes naciones, por otra parte, se dedican a abastecer de armas al mundo. En primer lugar, los Estados Unidos, que han facilitado aproximadamente la mitad de las armas del mundo. La URSS ocupa el segundo lugar y sus exportaciones parecen más concentradas. Sus mejores clientes son India, Yemen del Sur, Pakistán, Sudán, Mauritania y Nigeria, que también reciben armas de los Estados Unidos y de otros países. Aparte está, naturalmente, la RAU. La Unión Soviética ha enviado en 1969 —el año inventariado— armas a la RAU por valor de 140 millones de dólares, con los que ha reconstruido el ejército destruido en la guerra de 1967. Los Estados Unidos han enviado a Israel armas por una cifra menor: ciento diez millones de dólares. Pero teniendo en cuenta que el Ejército de Israel salió prácticamente intacto de aquella guerra y que recibe armas de otros países —especialmente Alemania Federal y Gran Bretaña—, puede considerarse que la superioridad sobre la RAU es ahora proporcionalmente mayor de lo que fue en la guerra de 1967. En general, el tercer mundo (el mundo del hambre, de la miseria, del subdesarrollo) ha recibido de la sociedad de la abundancia un equivalente de 1.500 millones de dólares en armas mayores (barcos, aviones, «missiles» y tanques solamente) y esta cifra se considera satisfactoria comparada con el record de 1967, en el que recibió armas por 1.800 millones de dólares.

OTROS aspectos del rearme aparecen relatados en un breve y también espeluznante libro de Enrique Ruiz García (2). De su lectura vamos obteniendo algunas frases impresionantes: «Los Estados Unidos dedican a gastos de rearme trescientos noventa dólares por habitante y año, cuando la renta por cabeza de cuarenta naciones del tercer mundo es de 120 dólares; en 1968 los gastos militares

directos del mundo se cifraron en 187.000 millones de dólares (el 85 por 100, a cargo de siete países); en cada uno de los dos bloques del mundo, la creación de un complejo militar-industrial-académico constituye una estructura que se superpone a la política; un primer ataque nuclear soviético supondría entre 140 y 149 millones de bajas (frase de Robert McNamara cuando era secretario de Defensa; población total de los Estados Unidos, 200 millones de habitantes); la carrera armamentista se prepara ya para la construcción de una base militar en la Luna (el general Werner: «Nada es más fácil que instalar una base de «missiles» en la Luna. La automatización de la dirección de los cohetes implicaría sólo ciertas adaptaciones, pero cuando se ha podido precisar con tanta exactitud la órbita lunar de una cabina «Apolo» es pensable que el control de un cohete inhabitado no presentaría grandes problemas»).

PARA Ruiz García, las conversaciones SALT, cuya tercera etapa ha comenzado ahora en Helsinki (véase en nuestro número anterior «La frontera de las armas»), indican que tanto la URSS como los Estados Unidos han llegado a la convicción de que la continuación de la carrera armamentista prefigura a la vez una catástrofe económica y un apocalipsis. Es fácil concordar con su tesis —que es también una tesis antigua y permanente expuesta en TRIUNFO— de que estas conversaciones, como todas las referidas específicamente al desarme, son sólo un punto de partida, puesto que la verdadera paz sólo podrá alcanzarse «sobre una transformación real del modelo de coexistencia». Las líneas maestras para este nuevo modelo serían el desmantelamiento progresivo de los dos bloques, mediante la conferencia de seguridad europea; el reconocimiento de las fronteras del Este, la apertura de negociaciones entre las dos Alemanias, la estabilidad en Asia mediante la paz en Vietnam tras la retirada de las tropas norteamericanas y el «entendimiento histórico del papel que ha de tener en ese área China Po-

pular», la integración del tercer mundo en el desarrollo y en el establecimiento de una política y tecnología de ayuda que no sea un sistema para hacer más ricos a los ricos o para deslindar, a través de las armas y el trigo, las esferas de influencia y poder decisivo. «La paz no es el pacifismo inerte, sino, al contrario, una empresa fundamentalmente revolucionaria que pueda modificar justamente los principios que todavía hoy constituyen las relaciones internacionales en la segunda fase, la fase contemporánea del capitalismo».

ALGUNOS de estos temas han sido, al parecer, asumidos ya; la conferencia de seguridad europea está planeada, la diplomacia de las dos Alemanias y de Alemania Federal con la URSS y con Polonia es tema de estos días; el bloqueo de China se va deshaciendo (tras Canadá se ha producido el reconocimiento de Italia, y se anuncia ahora el de Bélgica, mientras en Washington crece la influencia de quienes consideran necesaria una ampliación de las relaciones China-Estados Unidos) y en las sociedades dominantes (Este y Oeste) se advierte esta creciente tendencia a protestar contra las opresiones impuestas por el equilibrio del terror. Pero nacen continuamente nuevas sospechas de que esta paz tampoco sea justa, de que se elabore a costa de las naciones del tercer mundo y en detrimento de naciones menos favorecidas, que, al apoyarse en zonas de influencia, las naciones incluidas en ellas tengan la doble subordinación de la nación hegemónica y de las castas interiores apoyadas, sostenidas y fortalecidas por la nación hegemónica... En suma, que parece que estemos muy lejos de la solución del problema, y que la urgencia en la «inaplazable necesidad de una revolución mental que sincronice al hombre con sus problemas reales», como dice Enrique Ruiz García, no es sentida por todos con la misma intensidad, e incluso en muchos —y muy poderosos— es sentida como contraria a sus intereses, a sus atavismos, o relegada al terreno de lo utópico. ■ J. ALDEBARAN.



(1) Anuario del Instituto de Investigaciones Internacionales para la Paz, Estocolmo, 1 de noviembre de 1970. El Instituto está financiado por el gobierno sueco, pero actúa como entidad independiente.

(2) Enrique Ruiz García, «El libro rojo del rearme», Seminarios y Ediciones, S. A., Madrid 1970.